

28 de junio de 2022 - Martes de la 13ª semana ordinaria

[Amós 3:1-8; Mt 8:23-27](#)

Homilía

Los discípulos -al menos algunos de ellos- eran marinos de profesión. Su error, en el Evangelio de hoy, fue que no estaban dispuestos a asumir la responsabilidad de controlar su barco en la tormenta. No tenían control sobre las fuerzas de la naturaleza, pero sí sobre su barco. Jesús durmió, después de un agotador día de predicación, porque confiaba en que sus discípulos eran pescadores experimentados que habían estado antes en las aguas tormentosas del voluble lago de Galilea. Les dejó hacer su trabajo. Después de todo, era carpintero, no marinero. Los discípulos sabían mejor que él qué hacer en tales circunstancias. Jesús también sabía que mientras ellos cuidaban de su barca, otra persona cuidaba de los vientos y del mar. Ese alguien más era su Padre. Y fue en su nombre que, tras ser despertado por los discípulos, llamó a los vientos y al mar para que se calmaran.

En nuestras vidas, no es infrecuente verse atrapado en una tormenta. En el Evangelio de hoy, la tormenta se desató después de que Jesús y sus discípulos decidieran cruzar a la otra orilla. La mayoría de las travesías hacia la otra orilla en nuestras vidas también son azotadas por las tormentas. Debemos dirigir nuestro barco lo mejor posible. Somos responsables de nuestro barco; no somos responsables de los elementos. La falta de fe que Jesús reprochaba a sus discípulos era, en primer lugar, la falta de fe en sí mismos, antes que la falta de fe en la verdad revelada de que Dios había puesto límites y barreras a la tormenta. Dentro de esos límites, los marineros disponían de lo necesario para gobernar su barco, y era su responsabilidad hacerlo.

A menudo nos desanimamos y tenemos miedo. Nos negamos a asumir la responsabilidad y pedimos a Dios que venga a hacer nuestro trabajo. O tratamos de controlar la situación en sí misma, es decir, intentamos controlar la tormenta, lo que no es nuestro trabajo, y que la mayoría de las veces hacemos de forma desastrosa. Intentamos despertar al Jesús dormido, porque Él confía en nosotros y así nos enseña a confiar en nosotros mismos y en el poder que nos ha dado.

En nuestras noches de tormenta, la verdad que siempre puede tranquilizarnos es que Dios tiene el control de los elementos que nos rodean, incluso cuando parecen estar completamente fuera de control; y que Jesús está con nosotros en nuestro barco, incluso cuando está dormido y el barco parece hundirse.

Document extrait du [site de l'abbaye Notre-Dame de Scourmont](#), qui se trouve sur le territoire de Forges, à sept kilomètres au sud de la ville de Chimay, en Belgique. Notre-Dame de Scourmont est une abbaye de l'Ordre Cistercien de la Stricte Observance.

Nuestra fe en Él y nuestra fe en nosotros mismos son igualmente importantes. Al final son la misma realidad, ya que nuestro yo más profundo es nuestra configuración con Cristo, que es la plenitud del yo.

Armand VEILLEUX